

Mi nombre es Petrita Rendón

Historia de vida¹

Gabriela García Figueroa*

Mi familia

Me llamo Petrita Rendón Ríos y soy hija de Ramón Rendón Meza y de Margarita Ríos Torres, los dos originarios de Sinaloa. Nací en el año de 1912 cerca del pueblo de Cacalotán, en una casita cubierta de enredaderas, en un ranchito llamado “Las Tortugas”, allá en Rosario Sinaloa, cuando los zapatistas iban a tomar la plaza.²

Me contaba mi mamá que la noche del 29 de abril, cuando le dieron los dolores de parto, mi papá se fue por el monte, escondido, para que los alzados no lo vieran y poder traerse a la partera, así que la oscuridad le ayudó.

En “Las Tortugas” mi papá construyó una casa donde vivíamos él, mi mamá, mis tres hermanos y yo. Allí él sembraba maíz; pero cuando las tierras ya no le dieron, nos tuvimos que ir a vivir a una granja que estaba al otro lado del río Pánuco. Esa granja era de un rico que se llamaba Blas Apodaca y mi papá se asoció con él para trabajar.

Allí mi papá sembraba maíz, frijol, garbanzo y de todas las hortalizas; además, había también ciruelas, plátanos, aguacates, mangos, guayabas y muchas frutas que luego se vendían en el pueblo; después se repartían el dinero entre el dueño de la granja y mi papá. Yo tenía entonces como seis

años y vivía muy feliz allí. ¡Había tantas cosas que comer!, frutas, verduras, pescado, venado, faisán; también comíamos cochi jabalí y hacíamos tamales de armadillo. Estaba tan bonito ese lugar, era como un paraíso.

Cuando tenía ocho años, mi mamá me llevó al kínder. Allá le decían parvulito y todos los días me iba tempranito para la escuela. Como me quedaba cerca, me iba yo sola. Me acuerdo que tenía un pizarroncito y un gis que llevaba y traía todos los días, como un cuaderno.

Allí en la granja fue donde mi mamá se enseñó a coser. Un día le dijo mi papá: “Mira, Márgara, si te enseñas a coser y me haces un pantalón, te compro una máquina”. Entonces mi mamá agarró un pantalón, lo descosió y luego le hizo el pantalón que quería. Después le dijo ella: “Aquí está tu pantalón, cristiano, ahora cómprame la máquina”. Y sí se la compró. Era una máquina de coser de la marca Nueva Home Doméstica que le costó 75 pesos.

Cuando yo tenía once años nos fuimos a vivir al pueblo, a Cacalotán. Me acuerdo que entonces tenía que quebrantar el maíz en el metate y luego molerlo. Ahí me temblaban las

* Licenciada en Sociología por la Universidad de Sonora, Maestra en Sociología del Trabajo por la Universidad Autónoma Metropolitana, Doctora en Ciencias Sociales por el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social. Investigadora en el Centro de Estudios de Gobierno y Asuntos Públicos de El Colegio de Sonora. ggarcia@colson.edu.mx

¹ Historia de vida realizada a través de entrevista en 1986. Una primera versión se publicó en: Cuadernos de Trabajo, II (2), Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Sonora, 1987.

² Es importante señalar que entre el 30 de abril y el 1 de mayo de 1912, Mariano Rivas, prefecto de El Rosario, al mando de la policía y fuerzas rurales, rechazó a las fuerzas zapatistas comandadas por Juan Cañedo y Justo Tirado; quienes derrotados en su intento de tomar la población de El Rosario, prosiguieron hacia Escuinapa, población que pertenecía en aquel entonces al distrito de El Rosario y que fue tomada por los zapatistas la tarde del 1 de mayo de 1912 (Alarcón Amézquita, Saúl A. (2013). En la línea de fuego: Juan M. Banderas en la Revolución. Ed. H. Ayuntamiento de Culiacán, p. 296).



Testigo presencial. Como si reflexionara sobre el pasado, esta viejita llegó temprano para ver el desfile de Independencia (A. Valenzuela).

quijadas, pero tenía que llenar cuatro tazones de nixtamal molido para hacer las tortillas antes de irme a la escuela. Me acuerdo que entonces atizábamos con leña y teníamos unos pretilos para hacer la comida. ¡Cómo trabajábamos entonces! Había que bajar al río para traer agua en unos cántaros grandes que se ponían en la cabeza y luego traerlos a la casa.

La casa de nosotros era de adobe con tejas. Mi papá la hizo cuando nos fuimos al pueblo. Tenía enfrente unas plantas de albahaca que mi mamá sembró y cuando hacía viento, el aroma nos llegaba hasta la cocina; como nosotros allí nos las pasábamos, pues teníamos siempre el aroma en la nariz.

Entonces las cosas estaban muy baratas; el pan nos costaba dos piezas por cinco centavos y como cada huevo también costaba cinco centavos, pues cambiábamos huevos por pan.

Allá en Cacalotán mi papá también sembraba. Unas tierras ya eran de él y otras las rentaba; no todas estaban juntas, pero le daban buena siembra. También tenía un rancho maderero que le dejó mi tata, se llamaba “El Escamile” y de allí sacaba madera para vender; solo que como esas tierras no servían para sembrar, pues siempre las tenía solas.

Por ahí cuando yo tenía doce años mi papá me sacó de la escuela para que le ayudara en las siembras. Por eso

yo nomás estudié hasta tercer año. Yo quería estudiar hasta cuarto, porque las que estudiaban hasta cuarto se hacían maestras, como mi hermana Chonita, y les daban clases a los que estaban antes. Y pues era lo que más se podía estudiar, ¿para qué otra cosa?, si nomás hasta cuarto año había.

Yo ayudaba en las tierras que mi papá rentaba en el Solcuate, un lugar que estaba entre el río Pánuco y el río Seco. Allí vivíamos mientras trabajábamos taspanando las milpas. Además de taspanar, yo ayudaba en la cocina y les llevaba lonche a los que se quedaban en el campo, que eran mi papá, mi hermano y un mozo que contrataban para que ayudara en la labor. Ya que terminábamos con la taspanada, nos regresábamos al pueblo. Nos íbamos en burro, porque nos quedaba cerca, como a cinco kilómetros de Cacalotán.

Así duramos como tres años yendo y viniendo, hasta que nos quedamos en el pueblo. Allí yo ayudaba en el quehacer de la casa, porque había mucho y todo el día trajinábamos; cuando mi mamá quería también le ayudaba a coser, porque ella cosía la ropa que le encargaba la gente del pueblo. Cosía barato siempre, los pantalones los daba en 75 centavos, un calzón o una camisa en diez, y los vestidos los hacía en 15 centavos.

Mi mamá fue la que vistió a los indios que bajaban de las lomas. Ellos siempre traían calzones largos y una vez que le hizo un pantalón a uno de ellos, vinieron después todos los demás para que les hiciera también su pantalón.

Me acuerdo cómo trabajaba mi papá todo el día, siempre andaba en el sol, y cuando andaba arando se quitaba la ropa y la dejaba tendida en los arbustos para que se secara, porque se empapaba de sudor, el pobre. Además, decía que si araba bichi no se acercaban las viejas mitoterías a platicar y a quitarle el tiempo. Entonces llegaban las mujeres con mi mamá y le decían: “Margarita, allá vimos al Güero trabajando bichi”; mi mamá nomás movía la cabeza, se reía y decía: “Este cristiano, por Dios”.

Mi mamá sí que batallaba, se sangraba muchas veces las manos tallando en las piedras del río, la ropa que mi papá se quitaba; pero no le podía quitar nunca esas manchitas amarillas que les quedaban a las camisas, quién sabe por qué.

Mi matrimonio

(Yo fui feliz hasta que me casé)

Me acuerdo que yo tenía un novio, se llamaba Pablo Luna. Todos los días me dejaba una flor junto a la misma piedra del río, a donde yo bajaba por agua para llevar a mi casa. Ya me había dado el anillo para casarnos y entonces se fue a trabajar al otro lado para traer dinero para la boda y todo lo demás.

Cuando él se fue, yo conocí a Néstor Figueroa en el funeral de su abuela. Sus primas eran amigas mías, así que por eso estaba allí. Yo creo que cuando me vio le gusté y entonces empezó a visitar todos los días a las mentadas primas que vivían en frente de mi casa. Él también me iba a ver al río, con su cabeza de coco chupado, pero no me llevaba flores; en vez de eso, una vez se cayó del chingado burro, en el que iba montado, enfrente de mí. Yo pensé que le iba a dar vergüenza, pero en vez de eso se rio.

Así y todo, para cuando Pablo Luna volvió por mí, yo ya me había enamorado de Néstor, así que le mandé devolver el anillo de compromiso y me casé con éste, por pendeja.

Y mira, yo fui feliz hasta que me casé; ponle ahí, de veras, que yo fui feliz hasta que me casé hace 55 años, un 21 de junio de 1931, a la edad de 19 años. Néstor tenía entonces 24 y era jornalero. Había sido niño bien, porque su papá fue presidente municipal y tuvieron dinero; pero cuando su mamá enviudó, malgastó todo lo que le dejó su marido y se quedaron sin nada; así que él y sus hermanos tuvieron que trabajar en lo que fuera para sobrevivir.

Cuando nos casamos, Néstor trabajaba en el aserradero de Picacho, un lugar que estaba cerca de Cacalotán, pero después se acabó el trabajo y ahí anduvimos batallando mucho. ¡Bueno, nos vimos pobres!, porque no había trabajo por ningún



María Matuz. Se puede decir que ella, como curandera, era la última frontera de la esperanza (A. Valenzuela).

lado y pues yo estaba contenta porque no tenía hijos, ¿pa'qué?, ¿pa' repartir miserias? Llegué al grado de tener que cortar mi vestido de novia para poder cambiarme de ropa. Un día lo saqué de su caja, lo corté y lo pinté de rojo.

Me acuerdo muy bien cuando iba al río a lavar y luego me metía a bañar mientras se secaba mi vestido recién lavado. Me quitaba uno y me ponía el otro. Nomás tenía dos, porque éramos de veras muy pobres.

Por ese tiempo nos mandó llamar mi papá para que nos fuéramos con él, así Néstor le ayudaba en las siembras y no pasábamos necesidades. Y sí, allí vivimos con mi papá un tiempo.

Tenía ya dos hijos, Lupe y Ramón. Cuando Néstor se fue a trabajar otra vez al aserradero de Picacho, en la sierra, ganaba 50 centavos diarios y nos alcanzaba bien. Duró trabajando allá como dos años y luego se fue a trabajar a un mineral que se llamaba Los Placeres. Allí sacaba oro, pero ahí se anduvo nomás hasta que consiguió trabajo en La Vinata, allá en Las Moras. En ese lugar sacaba el vino de los magueyes y molían los melchontes. Entonces le pagaban a Néstor \$2.50.

Cuando trabajaba en la Vinata, fue cuando Néstor se puso a estudiar solfeo junto con otros diez hombres y al tiempo formaron la banda donde

él tocaba el pito retorcido ese, el trombón. Era allá por el año de 1933 y entonces ya nos iba mejor, porque ellos siempre tenían mucho trabajo tocando en los minerales, y como era la única banda del pueblo, los llamaban de todos lados. Cobraban de ocho a diez pesos por hora.

Néstor también cortaba el pelo, cobraba 15 centavos el corte y con eso cenábamos. Nos alcanzaba bien.

Once años vivimos allá, Néstor, mis hijos y yo. Allá nacieron cinco de mis hijos; serían diez, pero tres se me murieron y me quedé con siete.

A todos los tuve con partera: cuando ya estaba por sanar, Néstor me traía a la mujer; y ahí ella cobraba según lo que naciera. Si era hombre me cobraba \$2.50; y si era mujer, \$1.50. ¿Por qué? Ah, pues ahí luego luego se ve que las mujeres valemos madre, ¿no?

Por ahí en 1935 pegó un huracán en el pueblo, es la cosa más fea que he visto en mi vida. No sabes cómo se oía el aire, el ruido del río crecido que lo arrastraba todo; era un sonido espantoso, como si rugiera un monstruo. Las siembras se echaron a perder, el ganado se ahogó, muchos árboles se cayeron con el ventarrón y

la gente tenía que subirse a los árboles o a las pocas casas que quedaron de pie para poder salvarse. El río creció tanto que la corriente llevaba casas y animales vivos. Me daba tanta lástima ver cómo pasaban los cochis, las vacas, los becerros balando. Mi papá tuvo que amarrar la casa con cadenas para que el aire no la tumbara y no se le fuera a mojar el maíz que guardaba cuando no era temporada de siembra. Así fue como pudo salvarse lo que tenía guardado.

Me acuerdo que cuando amainó un poco la tormenta, uno de los vecinos salió con una virgen grande en las manos cantando las letanías para pedirle que nos ayudara y que se acabara ya aquello tan feo; pero luego se le olvidó la letra y terminó cantando el toro barroso, todo remojado.

Luego, cuando todo pasó, como éramos los únicos que nos habíamos quedado con un poco de maíz, no sabíamos qué hacer para que la gente no se diera cuenta del humo y el olor de las tortillas que hacíamos, porque no nos alcanzaba para darles a todos; pero pues teníamos que darles de comer a los niños y a mi hermana que estaba recién parida.

Ahí vienen los agraristas

En el año de 1936, mi papá tenía sembradas sus tierras con maíz, calabaza y otras cosas; fue cuando se desató el agrarismo. Yo no sé quién fue el que mando eso. Dice Néstor que fue Cárdenas, lo que yo sé es que se dio por todos lados.

El caso es que le dijeron a mi papá que le daban 48 horas para que desocupara las tierras y se saliera de allí. Y ahí anda el pobre recogiendo las siembras y acarreándolas en burro. Todos ayudamos, pero no terminamos y en cuanto se cumplieron las 48 horas entraron los agraristas y se llevaron todo. Allá entraban las mujeres guarachudas y sacaban canastos de calabazas que no habíamos podido recoger. ¡Ah cómo me daba coraje!

Pues sí, entraron y arrasaron con todo, hasta los alambres con los que estaban cercadas las tierras, los arrancaban y los vendían. Las casas de concreto o de material las tumbaron pa' vender el bloque y el ladrillo. Las magueyeras también las tumbaron y ¡bueno!, dejaron todo patas pa' arriba.

El caso es que mi papá tuvo que vender las poquitas vacas que tenía porque los agraristas se las estaban comiendo; ya que las vendió se fue a Las Garzas, un lugar que estaba en La Loma, a sembrar unas tierras que le rentó una señora de por allá. Cómo batalló mi papá. Se tenía que andar cuidando porque Chon Gaxiola, uno de los agraristas, lo quería matar; como mi papá no quiso meterse al agrarismo y les decía muchas cosas, pues le traían la calda.

A él se lo quitaron todo, las diez hectáreas que tenía en el pueblo, el rancho del Escamile y hasta la casa les dejó cuando se fue.

Mi papá nunca quiso entrar con los agraristas. Los Quinteros y los Ramírez, que fueron los que empezaron todo, le decían: "Ándale, Güero, vente con nosotros; vamos a quitarles las tierras a los ricos para que siembren los pobres". Pero mi papá les decía que no, que a él no le gustaba esa ladroniza que andaban haciendo, que él quería andar con su sombrero levantado y sin que nadie lo anduviera apuntando; porque estas gentes les quitaban sus



Armando Sánchez / Vicam Switch

La del rebozo blanco. Para el tiempo de calor, el blanco es el indicado (A. Valenzuela).

tierritas a la gente que no se quería juntar con ellos, pero es que era tan poquito lo que tenían; a veces era una o dos hectáreas, y si no se querían unir a ellos y tampoco se querían salir de su tierra, pues los mataban. Eran malos.

Pero lo que le hicieron a mi tío Víctor no tiene nombre. ¿Qué les estorbaba el pobre viejo? Si él ni se metía con nadie. Todo lo que tenía eran unos cuantos árboles de mangos y se los quitaron; después ahí andaba el pobre viejito enfermo y apenas si podía caminar, entonces nosotros lo llevábamos de comer.

Por eso dijo mi papá: “Yo pa’ que quiero más tierras si con estas tengo, no tengo por qué quitárselas a nadie, mejor que me las quiten a mí y se queden con ellas”.

Pero dice Néstor que allá en el pueblo no cabía el agrarismo, porque allí era pura pequeña propiedad en tierras de temporal y no había latifundios. Los que había eran los de Las Vinatas, el de La Ixtlera y el de La Hacienda San José, pero no se podían sembrar porque era puro agostadero. Así y todo, se quedaron con esas tierras también y entonces el pueblo se vino abajo, porque ya no había donde trabajar. Desde esas fechas el pueblo está muerto.

Dicen que el pescado más grande se come al más chiquito, ¿no? Bueno, pues eso fue lo que pasó, porque los que empezaron con ese relajo son los que ahora tienen más sangrita; tienen unas vaquitas y su casa, que aunque no es mucho, están mejor que los otros, los que los siguieron. Porque esos están ahí nomás, no pudieron sembrar porque no tuvieron con qué, y cuando el banco les prestó no pudieron pagarle porque la tierra no les dio.

Otra cosa es que a la gente que ya tenía tierras y se metió al agrarismo no le quitaron nada, así que los más vivos se comieron a los pobres; esos así se quedaron para siempre, pobres y jodidos. Siquiera yo me vine pa’ cá para no ver cómo quedó todo aquello. Por eso no he vuelto a ir, ¿pa’ qué?

Cuando se dio toda aquella rebitinga, la gente no pudo hacer nada, ¿cómo?, si la tenían amenazada, porque como los agraristas tenían sus



Caminando bajo la lluvia. Protegiendo los zapatos del lodazal (A. Valenzuela).

Armando Sánchez / Vicam Switch

rifles y asustaban a todo el mundo, pues ¿qué se podía hacer? Hasta al comisario lo quitaron. ¡Bah!, ¿qué les duró? Nomás se ponían en paz cuando llegaban los soldados, entonces sí se quedaban quietecitos, pero en cuanto se iban seguían con su relajo. Y pues ni modo, la gente no se supo mover. Dice Néstor que porque nadie conocía la ley agrarista, ni siquiera los agraristas.

Lo que a mí se me hace raro es que nunca fue nadie a mandarlos o a decirles cómo se hicieran las cosas, ellos solos se levantaron para hacer todo lo que hicieron. Nadie fue de algún departamento agrario para medir los terrenos y repartirlos. Quién sabe cómo le harían para saber lo que le tocaba a cada uno.

Dice Néstor que él cree que eso no era legal y que si alguno hubiera conocido la ley agraria no nos hubieran hecho nada.

¡Ah!, pero además de los agraristas había un partido que se llamaba el Partido del Monte. Esos eran los que defendían a la gente del pueblo para que no les quitaran la tierra y entonces se agarraban con los agraristas y después resultaban los muertos.

El mero mero que dirigía a los del Partido del Monte era Rodolfo Valdez, pero a él se lo llevaron preso porque lo politiquearon. Lo que pasó fue que entre los mismos del Partido del Monte se dividieron y empezaron a hacer guerrillas a la sombra de Rodolfo Valdez y luego pedían dinero a su nombre. Entonces empezó el problema y a él se lo llevaron a la cárcel. Dicen que allí se murió, pero a Néstor le dijeron que hace poco lo vieron por la Costa de Hermosillo; quién sabe si sea cierto.

Camino a Sonora, en donde estamos

Después de eso, por ahí en 1941, Néstor trabajaba en el molino de la caña que había en Chele y mi papá sembraba su maíz, pero como ya no le dejaron vivir en paz, vendió lo poquito que tenía y se vino a Obregón.

Se vinieron mis papás y mi hermano con su familia, mis otros dos hermanos se quedaron solitos enterrados en el panteón del pueblo. Mi hermana Chonita se fue quedando flaquita hasta que se acabó. Dicen que la bruja del pueblo se enamoró de su marido y le puso un mal. Mi

hermanito Margarito, el más chiquito, se cayó de un árbol y se murió.

Mi papá se vino a trabajar primero en unas tierras que rentaba Chuy Apodaca en el campo 119. Después se fueron a sembrar a otro campo, a un lugar que se llama Yucumari, por ahí por el río Yaqui; pero mi papá ya no quiso sembrar más. Decía que la siembra se le daba muy mala y que a él no le gustaba tener que andar regando la tierra. A él le gustaban las tierras de temporal como las que tenía en el pueblo. Así que se vino a Obregón y con 700 pesos se compró un solar de 25 por 50 metros.

Era el tiempo en que mi hermano Loreto hacía nieve y luego se iba a los campos a venderla junto con mi papá. También se traía la leche de los campos y la vendía en Obregón. Mi papá se levantaba muy temprano y acarrea leña que recogía de por ahí cerca y luego se la llevaba a vender en una carreta que tenía. Pero después mi papá ya no pudo trabajar porque se enfermó del corazón. Se enfermó desde que le quitaron su tierra y así duró 25 años. Entonces mi papá le dio el solar a mi hermano para que lo dejara vivir ahí sin que tuviera que trabajar, porque ya no pudo hacer nada.

Néstor, mis hijos y yo, nos vinimos después, por el año de 1943. Mi papá nos dio para el pasaje y nos vinimos en el tren. Dos días hicimos de viaje porque la máquina se descompuso y nos quedamos allí tirados todo el día. A todo esto, no traíamos comida, pero una señora gorda que venía enseguida de nosotros les dio panes y naranjas a los muchachos.

Ya cuando veníamos caminando otra vez, la señora se me acercó muy despichadita y me dijo que si no le regalaba a mi'jo Everardito, porque estaba muy bonito y ella no tenía hijos. No, señora, le dije yo. ¿Cómo se lo voy a dar si es mío?, nunca en la vida haría eso. Y es que estaba tan bonito y tan blanco que toda la gente me lo chuleaba y hasta cuando estaba chiquito lo pusieron en el pesebre de la iglesia.

Bueno, pues por fin llegamos aquí a Obregón. Entonces todavía no había mercado municipal y tampoco había

agua potable. Teníamos que ir por ella a los tinacos. Había muy poquitas casas, lo que sí había mucho eran unas chocitas de adobe; dicen que eran de los yaquis, pero yo nunca supe si era cierto.

Yo me había traído un vestido de tafeta muy fina de cinco pesos el metro y con ese vestido les hice vestiditos a las plebes, a las dos niñas que traía chiquitas, porque nos vinimos sin nada.

Cuando llegamos, mi papá nos dio unos metros de tierra; ahí después, poco a poco, hicimos la casa enseguida de la suya. Ahí se la llevaba él, me acuerdo, sentado en las sillas del patio debajo de los yucatecos, mirando a lo lejos, con sus ojos azules llenos de agua, acordándose del pueblo. Después se enojaba y maldecía, era cuando le daba aquel dolor en el pecho y entonces mi mamá y yo corríamos a atenderlo. ¡Cómo sufrió mi viejito!

Acá en Obregón ya vivía la mamá de Néstor, doña Remigia; Dios la tenga a fuego lento. Esta viejita cabrona era mala. Nomás quería a mis hijos que salieron blancos, a los morenitos no. Habrase visto, si también eran sus

nietos. Yo no sé por qué era así. Si es cierto que ella era muy bonita, muy güera y muy blanca, pero su marido, Lucas Figueroa, era prieto. Dicen que él venía de por allá del sur, y ella se creía mucho porque pertenecía a la familia de los Zatarain, de Sinaloa.

Bueno, pues Néstor vendía ropa cuando llegamos aquí, la sacaba fiada con un señor y luego él se iba y la vendía. Después consiguió trabajo en la molinera. En aquel entonces todo mundo trabajaba en la molinera porque no había otra cosa en qué trabajar. Allí duró seis años trabajando de cargador.

En ese entonces éramos pobres de veras, no teníamos en la casa más que lo hornilla de la cocina, una mesa con sillas y los catres; pero ahí después nos fuimos mejorando.

Luego Néstor se enfermó de tanto cargar. Tenía la espalda llena de llagas y fue cuando le dieron trabajo en las oficinas de la misma molinera. Ese fue el tiempo en que dijeron que se iba a acabar el mundo. Me acuerdo que toda la gente estaba afuera de su casa, sentada con sus maletas a un lado, esperando que se acabara el mundo,



Vía libre. Es tal el desastre ferroviario nacional que se puede caminar sobre las vías sin el peligro de que venga el tren (A. Valenzuela).



Armando Sánchez / Vicam Switch

La carga del mandado. Mujer yaqui cargando el mandado rumbo a su casa (A. Valenzuela).

porque hasta habían dicho la hora en que se iba a acabar; creo que a las doce de la noche. Lo que yo no me explico era para qué chingados querían las maletas. Bueno, pues se llegaron las doce y como nada pasó, les dije a mis hijos, yo creo que el mundo no tiene para cuando acabarse, mejor vámonos a dormir, y eso hicimos, mientras la gente que estaba afuera todavía no dejaba de llorar.

Cómo se rio mi papá de eso, él decía que el mundo se acababa para el que se iba muriendo, que se dejaran de pendejadas y se fueran a dormir.

Me acuerdo lo pronto que se envejeció mi viejito, luego luego se llenó de canas y de arrugas, ha de haber sido de tristeza porque decía que ya no servía para nada.

Bueno, pues Néstor duró mucho tiempo trabajando en el molino, hasta que consiguió trabajo en el Banco Ejidal. Allí le iba muy bien y tenía muchas prestaciones. Entonces ya estábamos mejor y vivíamos muy bien.

Después hicieron recorte de personal en el Banco y Néstor se quedó sin trabajo, así que se fue a trabajar a otros

molinos que había aquí y entonces ya tenía el puesto de clasificador o no sé exactamente qué hacía, pero ganaba muy bien.

Una mañana, el 9 de noviembre de 1970, encontramos muerto a mi papá. Estaba sentado en una silla de madera que él recargaba en la pared. Parecía que estaba dormido y aunque pasaron las horas duró mucho tiempo con su cara rosita, no parecía muerto. Él me había dicho que ya no le faltaba mucho para morirse, que se iba a morir ese año, porque el primero de enero no se reflejó su cabeza en la sombra cuando salió al patio a que le diera el sol; “ya me llevó la chingada”, me dijo. Ha de estar descansando ya, y como él ya se quería morir... Tenía mi papá entonces 84 años.

A Néstor lo jubilaron cuando ya tenía 60 años y ahora aquí anda ayudando en lo que puede. Dice que él no se quiere morir todavía, ha de querer quedarse pa' semilla. Los domingos también va a misa; camina ligerito por la calle, mientras que aquí en la casa arrastra los pies. Yo no sé a qué va, yo creo que a ver a las viejas

talones rajados que nomás van a la iglesia a mitotear o a hablar de los demás; como hacía la chapita, la que se murió porque era “señorita” y que vivía en la otra esquina.

Yo por eso no voy a la iglesia, además, me cae gordo el cura. Mejor me quedo a rezar en mi casa y cuando Porritas³ no me cumple lo que le pido lo saco al sol, al patio, y allí lo dejo muchos días hasta que se llena de tierra. Después lo baño en el lavadero, lo seco y lo vuelvo a subir al ropero, a ver si se porta mejor.

Mi mamá se murió en 1980, a los 94 años. Ella sí tenía vida que contar, porque cómo sufrió y cómo trabajo. Y así de viejita como estaba, nunca le veíamos sentada, siempre tenía algo que hacer.

Ahora yo tengo 74 años y Néstor 79. Y tengo también 21 nietos y una bisnieta que nos visitan todos los domingos a Néstor y a mí, que todavía estamos juntos, viviendo en la misma casa que hicimos hace tantos años.

³ San Martín de Porres